



EL OBISPO DE JAÉN

## **HOMILÍA FUNERAL POR EL PAPA FRANCISCO** **Catedral de Jaén – 6 de mayo de 2025**

*Martes de la III Semana de Pascua*  
*(Hch 7,51-8,1a / Jn 6, 30-35)*

Queridos hermanos y hermanas, gracias por vuestra presencia en este momento de especial oración por el eterno descanso del Papa Francisco, sucesor de Pedro, pastor universal, hermano en la fe y servidor humilde del Evangelio.

Con especial agradecimiento dirijo mi saludo a todas las autoridades civiles y militares (provinciales, autonómicas y nacionales), así como a las judiciales y académicas aquí presentes, y cuya presencia pone de manifiesto “cuánto ha tocado las mentes y los corazones el intenso Pontificado del Papa Francisco”. La Iglesia Católica os expresa afecto y agradecimiento ante las muestras de cariño que habéis demostrado a lo largo de estos días, de una forma u otra. ¡Gracias!

Queridos hermanos: ¡Cristo vive, ha resucitado! Este es el clamor más poderoso que la humanidad haya escuchado nunca, un anuncio que marcó un antes y un después en la historia del mundo y en esa nueva historia es donde vivimos hoy. Es el grito que a los cristianos da perspectiva y horizonte ante la muerte, que le da certezas y que hace posible encontrar auténtico sentido a lo que estamos viviendo a lo largo de estos días ante la muerte del sucesor de Pedro, el Papa Francisco. Es el grito capaz de eliminar cualquier división, cualquier muro para reunirnos como hermanos nacidos de la Pascua, para orar y celebrar juntos la esperanza de la vida eterna. Una Pascua que nos ilumina, incluso en medio del dolor por su partida.

Hoy, nuestra Iglesia de Jaén, (como la Iglesia universal y el mundo entero lo hacía el sábado 26 de abril en sus exequias), se inclina en oración ante Dios por quien fue, como Jesús pidió a Pedro, “*el que confirmó a sus hermanos*”. Se nos ha ido el pastor que caminaba junto a nosotros: delante, entre y detrás de su rebaño, con una sonrisa franca, una palabra profética y el Evangelio siempre en los labios y en su corazón.

Pero su luz no se ha apagado. La Pascua, la Resurrección del Señor, nos asegura que quien ha gastado su vida en el amor, vive para siempre.

En esta celebración, nuevamente, cumplimos su deseo y rezamos por él. Pero, también, rezamos con él. Porque desde la Jerusalén celestial, seguirá intercediendo por esta Iglesia que tanto amó y sirvió.

Deteniéndonos en las lecturas que se han proclamado, en el pasaje de los Hechos de los Apóstoles, vemos como Esteban, lleno del Espíritu Santo, se enfrenta a la dureza de los corazones del pueblo, de los ancianos y los escribas, y a la persecución con valentía, anunciando sin miedo la palabra de Cristo. No buscó su seguridad, sino que, con coraje y la fuerza del Espíritu Santo, predicó el Evangelio en medio de la adversidad.

De manera similar, el Papa Francisco nos mostró que la Iglesia debe ser valiente en su testimonio, en especial hacia los que más lo necesitan. Su vida fue un ejemplo de fidelidad a la misión, sin dejarse amedrentar por las dificultades del camino, como Esteban. Nos invitó, una y otra vez, a vivir una fe valiente, capaz de enfrentar las adversidades y las persecuciones, siempre con el corazón lleno de amor y de la fuerza del Espíritu.

En su oración estaba de manera insistente que la Iglesia – con coraje – no dejara de anunciar a Cristo, especialmente a los que están lejos, a los que sufren, a los pobres, a los migrantes, a los que el mundo descarta y a los que se sienten descartados.

Jesús, en el Evangelio, se presenta como el Pan de Vida, afirmando que solo Él puede saciar la verdadera hambre del ser humano. Las personas que lo rodeaban buscaban más milagros y signos, pero Jesús les responde que el verdadero pan es Él mismo, el que da vida eterna.

Esta enseñanza resuena con especial fuerza en la misión del Papa Francisco, quien nos invitó, constantemente, a buscar no lo superficial, sino lo profundo: *un renacimiento espiritual* que proviene únicamente de la comunión con Cristo, con el Resucitado. Esa fue la gran llamada que sintió y de la que nos hizo partícipes: un nuevo nacimiento para la Iglesia. Desde el principio de su pontificado, lo expresó con fuerza en su Exhortación Apostólica, *Evangelii Gaudium*, su texto programático: una Iglesia que se deja renovar por el Espíritu, que sale de sí misma, que abandona la autoreferencialidad y que se reencuentra con la alegría del Evangelio, no para sí misma, sino para anunciarlo a toda la humanidad.

El Papa que vino del fin del mundo nos invitó a una *conversión pastoral* profunda, a no quedarnos en estructuras caducas, sino a vivir la novedad pascual. La Pascua no es maquillaje: es renacer. Y Francisco

no solo lo dijo: lo vivió. Con su estilo, su lenguaje directo, su cercanía a los frágiles, su humildad sin artificios nos mostró que se puede vivir la fe como alegría contagiosa, como un servicio alegre y como un caminar compartido.

La Pascua que estamos celebrando, queridos hermanos, es también su Pascua: ha cruzado el umbral del Reino como servidor fiel. Su muerte no ha sido una huida, sino un acto final de servicio. Hasta el último momento ofreció su vida, su debilidad, su enfermedad, su cruz. Ha muerto como vivió: entregado, disponible, humilde. Despidiéndose no de unos cuantos, sino del mundo entero desde el balcón de la Basílica de San Pedro bendiciéndonos a todos, una imagen para la eternidad, que nunca olvidaremos.

Queridos hermanos y hermanas, la figura del Papa es don del Resucitado a su Iglesia, *signo e instrumento de la unidad*. Francisco vivió esta misión con fidelidad evangélica. Fue el Papa que quiso “una Iglesia pobre y para los pobres”, donde nadie se sintiera excluido; ha sido el Papa de la misericordia; de los *gestos pequeños* que tenían sabor a Evangelio: besar a un niño con discapacidad; abrazar a un hombre con el rostro deformado; lavar y besar los pies de los presos; acoger en su casa a migrantes... Gestos que han llegado a todos, y que nos han removido el corazón y nuestra vida, para alentarnos, para agradecer o para denunciar y sobre todo, para tomarlos como ejemplo de lo que es ser y sentirse Iglesia.

Francisco nos recordaba que no podemos inventarnos un cristianismo a nuestra medida; que la fe es comunión, tradición viva, obediencia creativa al Evangelio; nos enseñó que el Papa no es una figura decorativa, sino el garante visible de la unidad en la fe, en la caridad, en la comunión de toda la Iglesia.

Y lo vivió no desde la distancia, sino desde la plaza, desde el pueblo y entre el pueblo. Se hizo cercano. Se hizo padre. Se hizo siervo. Nos pidió: “*Quiero que la Iglesia salga, que haga lío*”. Nos hizo ver que el verdadero poder es servir. Y sirvió sin descanso: enfermo, anciano, débil, pero lleno de Espíritu Santo.

Hermanos, cuando un pastor entrega su vida al servicio del Evangelio, su muerte no es el final, es también *una siembra fecunda*. El Papa Francisco no sólo nos ha dejado un ejemplo luminoso de fidelidad, humildad y cercanía. Nos deja *una herencia espiritual* que no podemos olvidar, porque nace del corazón del Evangelio y se encarna en los gestos concretos de su pontificado.

No se trata, simplemente, de recordar palabras o documentos de su magisterio, sino de acoger el espíritu con el que vivió su ministerio petrino: el espíritu de Jesús, pobre y servidor, el Buen Pastor que camina con su pueblo y sufre con él.

Hoy, mientras encomendamos su alma al Padre de la misericordia, nos toca *recoger el testigo que nos ha dejado*. Su voz sigue resonando en la herencia que él nos deja: una Iglesia que ha de vivir la misericordia y la alegría del Evangelio, una Iglesia en salida, “prefiriéndola herida a una iglesia enferma por cuidarse”, que no vive para sí misma, sino para los demás, libre para anunciar la Palabra encarnada, donde los pastores han de oler a oveja y no convertirse en clérigos de despacho o coleccionistas de antigüedades, ni caer en el carrerismo; donde la confesión no puede ser una tortura sino un lugar de misericordia, de encuentro con el perdón amoroso de Dios; donde no se teoriza desde un laboratorio, sino que hay que experimentar la realidad del pueblo encomendado, y despojarse de todo lo mundano.

El Papa Francisco nos deja una llamada a todos, también para políticos, y gobernantes del mundo, recordando cuál es su misión: “Cuidar la fragilidad del pueblo. Y no aprovechar el poder para obtener beneficios personales, sino para cuidar a la gente, para sostener y promover a los más débiles”, y una afirmación rotunda diciendo que las guerras son miserables, y es miserable la muerte de los niños y de los inocentes en ellas. Dejándonos, también, su llanto contenido ante la paz aún no conseguida. Bergoglio nos deja el reto de reconocer nuestro planeta como “la casa común” a proteger y a cuidar por todos. Nos deja una llamada a recuperar lo esencial, ante la burbuja del consumismo que podemos vivir, anestesiados ante el sufrimiento humano. Nos deja el legado de su cercanía con los pobres, los niños, los migrantes, los últimos, y su ternura espontánea por todos los excluidos de la sociedad. La herencia de Francisco es su lucha contra la cultura del descarte, invitándonos a respetar la diversidad y a acoger a “todos, todos, todos”. Con él hemos aprendido y hecho nuestra la sinodalidad, porque la Iglesia es pueblo, comunión, discernimiento comunitario, en el que TODOS caminamos juntos. Nos da una lección de vida con su austeridad, su coherencia, su alegría sencilla y desarmante. El Papa Francisco nos enseña a reír con su humor y su alegría. Nos deja la frase que tantas veces repitió: *“No se olviden de rezar por mí”*. Nos deja...

Esta es la herencia que hoy queremos acoger con gratitud y responsabilidad.

Queridos hermanos y hermanas: la plaza de San Pedro está vacía. Su silla está vacía. Pero su legado está más vivo que nunca. Como el Resucitado, la presencia física del Papa Francisco ya no está entre nosotros, pero contamos con aquello que es invisible a los ojos: su aliento, su testimonio, su estilo evangélico.

El Santo Padre Francisco murió como vivió: con olor a oveja, con sonrisa de padre, con manos extendidas y corazón abierto. Su muerte es un acto pascual: es siembra, no final. Es promesa, no fracaso. Es bendición, no derrota.

Hoy, desde Jaén, desde esta Catedral que ama la Eucaristía y en la fe sencilla de su pueblo, le decimos: **¡Gracias, Francisco!**

Gracias por mostrarnos el rostro de un Dios misericordioso, que no se cansa de perdonar. Gracias por hacernos soñar con una Iglesia más libre, más pobre, más alegre, que es casa de todos. Gracias por ser testigo del Evangelio y de su alegría.

**Descansa en paz, buen pastor. Bendice nuestra tierra de Jaén desde el Cielo. “Y no te olvides de rezar por cada uno de nosotros”**



✠ Sebastián Chico Martínez  
Obispo de Jaén